

---

## CAPITULO XII.

---

PROSIGUE LA JORNADA DE FRANCISCO VAZQUEZ

CORONADO.

Despues de algunos dias de descanso que dió el general á su tropa en este pueblo, que encontraron yermo por haber huido los indios, y sin hallar cosa alguna, porque todo se lo habian llevado, ménos un poco de maíz guardado en sus trojes, llegó la noticia de que el pueblo que habian encontrado en su jornada por el Valle de Corazones, donde se habia fundado la villa de San Gerónimo, se habia alzado, y que en este alboroto los indios habian muerto en sus manos al capitan Alcaraz (teniente de Melchor Diaz) y á otros soldados de la guarnicion. Supo que no tan solamente los indios de Tzonora sino tambien todos los naturales de aquella comarca habian aco-

metido la villa de noche, y que los soldados que habian escapado de esta invasion comenzaban á desertar de una manera muy perjudicial en semejantes circunstancias. En virtud de esta noticia mandó el general á Don Pedro de Tovar que fuese sin dilacion con su compañía de soldados á poner orden en esto, y despues que hubiese sosegado esta alteracion de los indios, dejando la villa en buen estado, diese aviso á México de las operaciones de su ejército y de lo ejecutado hasta allí en el descubrimiento de la gran Quivira. Despachado ya para esta importante comision Don Pedro de Tovar, el general con la tropa que le quedó emprendió su viaje para ir adonde le habia informado el indio Turco, esto es, á las ricas provincias de la Quivira, y mandó á sus soldados que se proveyesen de viveres para treinta dias, que eran los que se habian de gastar hasta llegar á la provincia de Copala, no obstante que el indio aseguraba que á las seis ó siete jornadas encontrarian bastimentos en los pueblos de Aja. Marchó el ejército hácia el Poniente, dejando asegurada la paz de los pueblos primeros que se encontraron, y al cabo de tres jornadas buenas, porque sin mayor cansancio se caminaba algo más de lo ordinario por ser tierra llana, llegó á unos pueblos fabricados en la misma forma que los referidos. A uno, que estaba más apartado

del rio, entre Oriente y Poniente y casi despo-  
blado, pusieron el nombre de Silos, y pasaron á  
otro que los naturales de esta provincia llamaban  
Jimena. Estaban estos dos pueblos amurallados,  
y el ver las puertas atrancadas dió á conocer que  
estaban sus habitantes determinados á mirar por  
su defensa. Pasó adelante el ejército, y despues  
de tres dias de camino llegó el general al rio de  
Cicuique, á cuyas orillas estaba situado un pue-  
blo bien grande y mayor que cuantos se habian  
visto en las jornadas antécidentes: se llamaba  
Cicuique, teniendo tal vez la misma denomina-  
cion que el rio, y su Cacique ó principalejo ha-  
bia salido al camino para ver qué gente era la  
que venia, y hablar al general, quien lo detuvo  
para adquirir por su medio el conocimiento de  
aquellas tierras; y cuando entró en su pueblo, se  
desapareció este indio; motivo por qué ninguno  
de sus vasallos quiso salir de su casa para reci-  
bir al general y á su tropa. Sin embargo de este  
menosprecio, registró el general con sus capita-  
nes las calles principales del pueblo, sin notar  
alteracion especial en sus habitantes. Detúvose  
allí el ejército dos dias con algun recelo, é hizo  
mucha falta, para saber bien la disposicion de los  
ánimos de aquella gente, la inopia de intérpre-  
tes, pues el indio Turco no sabia su lengua ni  
habia caminado por esos rumbos. Prosiguió sin

novedad el general sus jornadas por donde le guia-  
ba el indio Turco; y desde que salió del pueblo de  
Cicuyque, á los cinco dias de su marcha, comenzó  
á entrar por unos llanos inmensos, donde encon-  
tró gran cantidad de vacas bravas que andaban á  
su libertad, en manadas, por todos aquellos llanos  
que tenian por suyos, y por esa razon les dió el  
nombre de *las vacas*. En las jornadas anteriores  
habia encontrado el ejército algunos arroyos, ar-  
boledas y muchas zarzamoras; pero en estos lla-  
nos no halló aguajes, porque no hay rios ni arro-  
yos, sino unas cuantas lagunas muy medianas y  
bastante retiradas unas de otras. En unas se en-  
contró agua buena para beber, y otras salobre:  
no se pudo averiguar si eran manantiales ó agua  
lloediza. Las innumerables vacas que están aque-  
renciadas en estos llanos, se mudan á tiempos, no  
por falta de pastos, pues es muy verde, abundan-  
te y propio para ganado mayor, sino porque hu-  
yen de los lobos, que les comen sus becerrillos,  
y así en tiempo de secas se mudan: paren y crian  
adonde se retiran, y despues se vuelven con las  
ternerillas grandes á su tiempo adonde las vió  
nuestro ejército, y esta es la causa de haber mu-  
chos caminos grandes y anchos por todos los lla-  
nos. Son estas vacas un poco más pequeñas que  
las nuestras, pero más bien labradas, sueltas y  
muy ligeras; su carne es más sabrosa y tierna,

aunque del mismo gusto; su pelo es lana muy menuda y más fina que la merina; color regular, que tira á moreno, entreverado de un pardillo agraciado. Se pudiera, con algun beneficio, hacer de ese pelo un paño bueno y de estimacion. De medio cuerpo para la cabeza crian unos gue-dejones grandes, y traen su copete entre las astas. Tienen cuernos pequeños y bien torneados, y encima del pescuezo una joroba que agracia á esos animales: en lo demás, son de la hechura de las nuestras. Los toros son grandes, y casi del tamaño de los nuestros.

Anduvo nuestro ejército tres dias en esos llanos entre infinidad de esos toros, vacas y becerros, casi sin percibir por sus horizontes tierra alta; pero conjeturó, por no haber visto ninguna laguna seca, y por la calidad de la tierra, propia para formar cantidad de estancias, que no dejaría de haber poblaciones aunque distantes de allí. Viéronse en estos llanos de las vacas unos cuantos indios que ni tienen pueblos, ni estancias, ni siembras, sino que se sustentan con las vacas que matan, adobando los cueros para cubrirse con ellos, y los venden á los indios comarcanos por el rescate, que debía de ser á los indios que hoy conocemos por comanches, apaches y tejas, y éstos los adobaban con más perfeccion, añadiéndoles sus pinturas y labores, como en el dia ve-

mos que los fabrican, y unos vienen de regalo de la provincia de Tejas. No vieron los nuestros en todo el camino más que una cuadrilla de indios de hasta cincuenta gandules con sus mujeres, que hacen sus chozas armadas con palos atados por arriba, formando punta, y apartados por abajo, las que cubren con cueros de vacas que matan, y las mudan aquí y allí segun les parece. Tienen unos perros de buen tamaño, que cargan cuando se quieren mudar: por eso, á los cuatro ó cinco dias de marcha vieron los nuestros en aquellos caminos por donde se mudan las vacas muchos rastros como de huellas de varas delgadas que iban arrastrando; y no comprendiendo lo que podia ser, siguieron los rastros y alcanzaron aquella cuadrilla de indios, que fué la única que dije vieron en estos llanos, los cuales llevaban por delante sus perros, cargados unos con las varillas con que arman sus chozas, otros con sus cueros, otros con tasajo y pedazos de carne envueltos en sus cueros, y otros con buches de vaca que les servian de cántaros para acarrear agua. Llevaban todo este menaje y pobre ajuar, porque, como en todos aquellos llanos no se halla árbol ninguno y por consiguiente sombra alguna, hacen su toldo y arman sus toritos con los cueros que les sirven de sombra, y así ranchean todo el tiempo que quieren. Son estos indios de buena esta-

tura, y parecen aragoneses huidos de sus pueblos por no trabajar, y porque les cuesta poco el vivir, manteniéndose con las vacas que hallan en estos llanos con abundancia. Sus mujeres andan vestidas, de la cintura para abajo, con unos cueros de venado adobado en forma de faldellinas, y se cubren el cuerpo con unos capotillos del mismo cuero. Los zapatos que gastan son á modo de sandalias de cuero crudo. Cuando el frio, que es por aquellos parajes muy fuerte, les apura, traen los indios y las indias unos capotes muy burdos del mismo cuero. Todos ellos llevan la cabeza trasquilada desde la mitad hasta la frente, y se dejan lo demás del pelo colgando. Cargan buenos arcos y flechas, así para defenderse como para ir á la caza de las vacas. Los sesos de éstas, segun les ha enseñado la experiencia, sirven para adobar sus cueros, y se tiene por el mejor adobe en las tenerías.

Son estos gandules muy salvajes, y á la manera de los perros comen la carne cruda de las vacas. Con el uso y manejo continuado que tienen con estos animales, son vaqueros diestrisimos. Corren tras de los toretes, los colean y con gran agilidad los voltean en el suelo, les tienen los cuernos, y lo primero que hacen es, así vivos, sacarles la gordura de los párpados de los ojos, y caliente se la comen, por ser el bocado

más regalado entre ellos: luego, con unos pedernales afilados como navajas, dan unas cortadas á las coyunturas, los desuellan, y abren con presteza el lomo, sacan la gordura de los riñones, que comen caliente, y sin perder tiempo comen las eriadillas crudas; y recogiendo la sangre que corre del cuerpo en unas tutumeas ó jícaras, se la beben caliente y con la misma ansia que quien bebe un jarro de la agua más fresca y cristalina. Despues de haber saciado el hambre con tanto asco, juntan las buñigas de las vacas, hacen lumbre con ellas, y á medio tostar las tripas y demás entrañas del animal, acaban su comida asquerosa, más tragando que masticando, y guardan lo que queda en unos cueros, para socorrer su necesidad en sus caminatas.

No se detuvo mucho el ejército en estos llanos; y como el deseo de todos era llegar á aquellas ricas provincias de la gran Quivira, se trató de salir de ellos cuanto antes; pero desde aquel punto comenzó el indio Tureo, sea por malicia ó por ignorancia suya, á llevar el ejército por rumbos desconocidos, desmintiendo el camino en otras cinco y seis jornadas que se tardó el ejército en atravesar los referidos llanos. Al fin convino hacer alto para conferenciar acerca de si el guía llevaba bien ó mal á la tropa por el camino correspondiente á los parajes de la Quivira.

Dejó Dios (en este temor de verse los nuestros perdidos en estas llanuras inmensas) otro indio que iba en el ejército y era de la misma tierra que se buscaba, quien aseguró que se había errado el camino; y por sus razones se entendió que el guía primero había declinado hácia la mano derecha de Taguayo, con intencion sin duda de que pudiesen los españoles por aquellos llanos, y que se hallaban en rumbos de la Florida. En efecto, al cabo de veinte jornadas entre el Norte y Nordeste del Tiquez, no acertando el camino en cosa alguna, dieron los nuestros en una grande ranchería de indios, que vivian como los gandules de los llanos de las vacas, y entre ellos se encontró un indio ciego y viejo, que por señas dió á entender que ellos eran como otros cuatro españoles que pasaron por sus tierras unscuantos años ántes, y se presumió que eran Dorantes, Cabeza de Vaca, Castillo y Maldonado, de cuya aventura célebre hemos hecho mencion, y por consiguiente se ha tenido por cierto que estaban en tierras que caian á la espalda de la Florida. Viéndose entónces en esta confusion el general Vázquez Coronado, hizo junta de los cabos principales de su ejército, y se acordó que éste se volviese al Tiquez, y que el mismo general Vázquez con treinta hombres de á caballo fuese al reconocimiento de aquella rica tierra, que el indio

Turco habia dicho, para cerciorarse de lo que hubiese en ella. Así se hizo, y á un tiempo salió el general Vázquez Coronado en demanda de la gran Quivira, y el ejército encomendado al teniente general de la expedicion D. Tristan de Arellano, fué llevado por donde habia ido, volviendo á pasar junto al pueblo de Cicuyque, y hallando los pueblos de Jimena y Silos, parte despoblados, y sus habitantes en la misma disposicion de negar la entrada en sus tierras. En cuanto llegó el ejército al valle de Tiquez, se alojó en el mismo pueblo de Coofer, y se reparó de tanta fatiga de las jornadas andadas de balde, porque se recogió en los pueblos inmediatos mucho maíz, porcion de venados que cazaron, y todo este bastimento lo traian por el rio abajo en balsas.

Dos ó tres meses tardó el general Vázquez Coronado en su expedicion, al cabo de cuyo tiempo volvió con sus soldados de á caballo al valle del Tiquez, sin haber encontrado nada de las riquezas que se publicaban de la Quivira, bien que llegó á la principal poblacion al cabo de unos treinta dias, andando á pocas jornadas, siempre entre vacas, y sin que faltase agua y pasto para su caballeria, y el dia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo avistaron un rio grande, al que pusieron este nombre por la circunstancia del dia. Luego que el indio bueno, que tenia señalada

una vaquilla en la frente, llegó á este río, dijo que era el que se buscaba, y que no estaba muy distante la primera poblacion de la Quivira, de donde él era oriundo. Este debe ser el que hoy conocen por el de Navajó, que tiene su curso para el Poniente en oposicion del del Norte, que va á desaguar á la mar del Norte. Vadearon el río, y á las tres jornadas hallaron unos indios que andaban á caza de Tzibolas para llevar á su pueblo, y en cuanto descubrieron al general Coronado echaron á correr, llevando con precipitacion á sus mujeres, disponiéndose para la defensa de su pueblo en caso de ser acometidos. El indio guia, como era de allí, los sosegó, y así los castellanos los trataron con mucho cariño, regalándoles cositas de Castilla, de que se mostraron muy satisfechos. Parecióles bien á los nuestros la tierra, y supieron de aquellos indios que más adelante habia una provincia llamada Arac, donde habia buenas poblaciones situadas junto á unos arroyos que van á dar en el río Grande que pasaron. Fué nuestro campo al reconocimiento de estas poblaciones, en cuya caminata se tardaron como unos seis dias, y llegaron al pueblo del indio guia llamado Quivira, que tendria como cien casas de altos, ninguna oro en sus alhajas, porque se tuvo buen cuidado de visitar la casa del cacique, que se decia tener una plancha de este precioso metal, que se ponía

por adorno en el pecho en las fiestas y ceremonias, y era de la forma de una patena; pero se vió que era de cobre, y nada se halló de especial en todo aquel pueblo, sino lo mismo que se habia visto en los pueblos anteriores. Hizo alto el ejército en este pueblo un par de dias para que descansase la gente y se reparasen los caballos, que venian un poco estropeados. Al otro lado de este pueblo Quivira corria un gran río, que debe ser un brazo del Misouri, en cuyas orillas estaban fundados unos pueblos bastantemente populosos y de la misma hechura que el de la Quivira. Preguntóse si adelante habia otra cosa que ver distinto de lo hasta entónces visto, y se vino á saber que estaba el campo á lo último de la gran Quivira, y que no habia más que Arac, poblacion en todo conforme á lo que se veía. Mandó el general Vazquez Coronado llamar al cacique de Arac, (que debe ser la provincia de Marta que dicen las relaciones antiguas, habiendo tanta confusion en los nombres de los pueblos de aquellos tiempos, porque cada gefe en sus entradas les ponian nombres á su antojo, y los indios no se explicaban bien sobre los que tenian sus poblaciones), vino el señor de Arac ó Marta acompañado de doscientos indios de buena estatura, como él, desnudos y mal cubiertas sus carnes, adornados de plumajes en las cabezas, y armados con sus arcs

y careax llenos de flechas: conocióse por medio del indio guía que les sabia la lengua, que no se habia de hallar cosa mayor de lo que se esperaba más adelante, y despedidos del cacique y sus indios de comitiva, determinó el general que pues eran ya fines de Agosto y que no convenia poblar allí, siendo pocos treinta soldados para ese intento, y que amenazaban las aguas, que les podian con las corrientes de los rios cerrar el paso, convenia dar la vuelta para el Tiquez, donde podian invernar, y despues se podia volver á aquellas tierras de la gran Quivira para tener cumplido conocimiento de ellas. Dice el historiador Herrera, que el indio malo ó Turco, entendida la vuelta de los castellanos, conmovió la tierra para que se echasen sobre los españoles y los mataban; que sabida esta traicion, el general le mandó dar garrote, y prevenidos los castellanos volvieron atrás cuatro jornadas, adonde se proveyeron de maíz y demás bastimentos para la vuelta al Tiquez, y que se colocó una cruz con un letrero que decia cómo hasta allí habia llegado el general Francisco Vazquez Coronado. En otra relación manuscrita (\*) se refiere, que habiéndose proveido el campo de comida, dieron la vuelta para el Tiquez, llevando consigo al indio Turco, al cual trataban mal, y iba

(\*) Crónica de Tello, MS.

emperrado, con que á pocas jornadas le dieron garrote; que se tuvo por mal hecho, y cosa no acertada, porque lo que el indio decia debia de ser así, por lo que despues acá se ha sabido del Nuevo México; y ya que en lo del oro mintiese ó se engañase tomando el cobre por oro, en otras cosas, como de ello consta, dijo verdad. Me inclino mucho á este dictámen último, porque en aquellos tiempos de descubrimientos, la más mínima cosa que tuviese visos de novedad embelesaba y abultaban mucho las noticias de las regiones ricas que se pretendia descubrir. Los indios de aquellos territorios eran muy bozales, y como no sabian de sus antigüedades, vivian rústicamente, y en la fábrica de sus casas de altos seguian su antigua costumbre, sin saber por qué, siendo muy regular que aprendiesen de los chichimecas ó tultecos, primitivos pobladores de sus tierras, la tal cual policia que conservaban casi por instinto, y acomodada á su tenor de vida sencilla y pastoril. No se podia tal vez explicar el indio Turco, lo que aun sucede en el dia, como bien lo refleja el padre Font en su Diario, hablando de lo que supo el reverendo padre Fr. Silvestre Velez de Escalante por un indio cosnina, que á nueve dias de camino desde Oraive estaba una sierra muy alta que corre de Nordeste á Sudeste con inclinacion al Poniente, y se alarga

más de cien leguas, á cuya falda septentrional corre al Poniente el rio Grande de los Misterios, intransitable á los cosninas y sus colindantes, y que por consiguiente no saben los cosninas qué gente hay del otro lado del rio, ni aun si la hay, pues nunca pasan ni han visto indicios de ella. Supone aquí el padre Font que el padre Fr. Silvestre se informaria del cosnina por señas, como suelen explicarse los indios, ó por medio de algun intérprete, y tal vez malo, como suelen ser regularmente. Si se valió de algun intérprete ó recurrió á las señas para entender al cosnina, entónces fácilmente pudo padecer alguna equivocacion en el informe, pues muchísimas veces sucede que cuando uno piensa que se ha explicado bien con los indios por esos medios, encuentra despues que no lo entendieron ó que lo entendieron al revés. Así sucedió sin duda con este pobre indio Turco, que no fué bien entendido de nuestro campo, lo que le hizo cometer desvíos grandes en su caminata para la gran Quivira. Entónces se engrandecian mucho las cosas de la tierra de Tzibola, y ahora no se toma en boca y solo se ha hecho alguna mencion de aquel pueblo que está á los últimos de esa provincia, llamado Atlaco, con aquel género de cerca que hemos referido y viene á ser el pueblo de Oraive (destruido), ni se habla de aquel gran rio del Ti-

quez, que ya llaman de los Misterios, confundiéndole con el que se llama del Norte, ni del de más adelante que es sin duda el rio grande del Misuri, que va á desaguar sus aguas en el mar del Oeste que llaman, ni tampoco de los pueblos del valle del Tiquez, ni de aquel pueblo grande de Cicuyque ni del de Urba y otros, porque hoy se toma un camino muy diferente para ir al Nuevo México, que es el mejor y el mas derecho, á causa de estar ya muy conocida la tierra, el cual va por Zacatecas, Durango y lo de Chihuahua, atravesando parte de los Llanos de las Vacas, ó por sus orillas, acortándose á la mano izquierda del Norte, lo que no hicieron los que fueron con el general Francisco Vázquez Coronado, que hicieron un gran circulo, dando vuelta á las tierras del Nuevo México, penetrando desde los confines de la Sonora hasta el rio Tison ó de la Barranca, que es el rio Colorado, atravesando las tierras incógnitas hasta el dia, que las ha registrado el reverendo padre Garcés, esto es, de los Yumas, Jalquedunes y Oraives.

Dejando el Moqui á la mano izquierda, subieron más arriba del Nuevo México hasta el Taguayo, y volvieron á bajar á mano derecha por las tierras de la gran Quivira, bajando por las orillas del Misuri y caminando más de cien leguas sin camino conocido entre los Llanos de las Vacas por

el rumbo que cae hácia la espalda de la Florida por el Este; que si hubieran cogido, sin desviarse, línea recta hácia el Norte, no solo hubieran descubierto el Nuevo México, sino que de antemano se hubieran enterado de la existencia de otras grandes provincias que se extienden por el Noroeste hasta la tierra del Labrador; si bien en lo que anduvieron descubrieron muchas tierras y caminaron muchas leguas, y lo más en lo que es conocido por la gran Quivira. Es preciso advertir aquí, que parte de lo que anduvo el general Vázquez Coronado desde que se separó del grueso del ejército y fué con sus treinta hombres, esto es, desde los Llanos de las Vacas, es propiamente Nuevo México, porque es toda una tierra y provincias, aunque con nombres diferentes de los que hoy usan, porque los descubridores, como fueron diversos, cada cual les ponía los nombres que queria, conforme á las primeras cosas que veía y le parecían más notables; y así los autores que por relaciones escriben de ellas y de sus pueblos, unos le llaman de un modo y otros de otro, á que se agrega que los primeros que entraron á descubrirlas fueron por diferentes caminos y rumbos, y muy apartados del camino que hoy se lleva para el Nuevo México.

Desde las tierras que caen más adelante del puerto nuevo de San Francisco, ó de Drack, á un

lado de los Tulares inmensos, que poco há se han reconocido en parte siguiendo por la tierra nevada y orillas del mar de Oeste hasta el Taguayo y Moqui, es todo una tierra continuada que llaman de la gran Quivira, y está en cuarenta grados de la altura del polo. Es tierra poco poblada, tiene muchas lomas y llanos vastísimos, peligrosos de atravesar, porque es fuerza caminar por entre ellos como en la mar, y tener gran cuidado de no perder el rumbo, según sucede en los pampas de Buenos Aires, por ser tan llana la tierra y no haber más camino que el que forman las vacas; de modo que en perdiendo de vista los soldados á su campo, se perdían los que salían á caza de vacas ó tzibolas, y no atinaban ni en tres ni en cuatro días para volverse al ejército del general Coronado. Dice Herrera que dos naciones de gentes viven entre estas vacas, enemigos unos de otros, pero no encontró Coronado más que una cuadrilla de unos cincuenta gandules, y por hoy se hallan muchas naciones cortas de indios de distintos nombres, que son todos descendientes de apaches y ramos de esta belicosa nación, que da tanto que hacer en su reducción, y son enemigos de los moquinos. La tierra es bastante fértil porque la bañan varios ríos agraciados, y caudalosos algunos; es buena para ganados, y en los Llanos de las Vacas se halló un arroyuelo muy gra-

cioso, y alrededor unas matas de arbolillos cargados de ciruelas de Castilla moradas, y otras entre coloradas y verdes de muy buen gusto: se halló tambien lino que produce naturalmente la tierra, y como el ganado no lo come, se queda por allí con sus cabezuelas y flor azul, y en algunos arroyuelos se hallaron uvas cimarronas, que tenian muy buen sabor, moras, nueces y otras frutas nada discrepantes de las que se gozan en las tierras frias de la Enropa. Las casas que estos indios tenian, eran, como se ha dicho, ambulantes, muchas de ellas redondas, sostenidas por unos cuantos varejones, y cubiertas de paja hasta el suelo, y encima remataban con una portañuela por donde se asomaban. Contento el general Coronado con haber llegado á lo último de la Quivira, segun tenia entendido, determinó volver al valle del Tiquez, y á súplicas del indio bueno que le pidió le dejasen quedarse donde se habia colocado la cruz cerca de su pueblo de Quivira, le cumplió la palabra prometida de dejarle en su patria por lo bien que le habia guiado, y le regaló bien, dejándolo muy contento. Marchó el general con sus soldados desde el pueblo de Quivira con seis indios buenos guias, que le llevaron por camino más derecho á la vuelta del camino para el valle del Tiquez, de suerte que cuando el general con su ejército entró hasta este pueblo de

Quivira, caminó cerca de cuatrocientas leguas, y de vuelta al Tiquez no anduvo arriba de doscientas, siendo muy bien recibido de todo el ejército, que deseaba saber su paradero, é invernó todo el campo alojado en el pueblo de Coofer, no muy léjos del rio Cicuyque, por ser lo más acomodado que habia en el valle de Tiquez.